EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 13176

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24
SABADO 14 DE OCTUBRE DE 1905

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

JUSTICIA Á NUESTRA MARINA

Un artículo de Comenge

El reputado y conocido escritor D. Rafael Comenge, viene publicando en nuestro estimado colega «El Imparcial», con el título de «Recuerdos del Japón», una serie de notables artículos acerca de todas las manifestaciones de la vida de aquel país que, al vencer á Rusia por mar y por tierra, ha surgido de golpe como una revelacion ante el mundo entero, demostrando lo que son capaces de hacer los pueblos que se proponen resueltamente engrandecerse, adaptandose á la civilizacion preponderante con un esfuerzo enorme de voluntad y perseverancia, a fin de utilizar sus procedimientos en todo cuanto conduce a la prosperidad economica y al fortalecimiento de su defensa.

El señor Comenge, con la competencia que le da haber permanecido en aquel país algun tiempo y estudiado por sí mismo la transformacion de la sociedad japonesa, esta dando a conocer al publico español con sus excelentes articulos, la evolucion que en ella se ha operado y su estado actual, describiendo ademas, de mano maestra, el funcionamiento de todos los servicios publicos, especialmente los que se refieren a su defensa militar.

Ahora ha comenzado a tratar acerca del poder naval japonés, describiendo su fuerza presente y anunciandonos dara a conocer la diferencia del poderio naval en la actualidad y la de dos siglos antes de Jesucristo, en que la emperatriz Jingo, vestida de hombre, desembarcó en las inhospitalarias playas de la Corea; que desde entonces data la codiciosa epopeya que ahora ha concluido el genio de Oyama y de Togo.

Pero antes de entrar en materia, Comenge no ha podido contener en su corazón la explosion de sus sentimientos patrióticos y al hablar de Escuadras y de combates y del prestigio que tan rápidamente ha adquirido la Marina japonesa, no ha podido menos de volver la vista hacia nuestra España y hacia nuestra Marina, vencida sin gloria para los vencedores, pero con gran honor para los vencidos, y de su pluma han brotado amargas pero consoladoras reflexiones, que la Marina y la Patria le han de agradecer siempre, por lo que significan y por lo que valen.

Y para que nuestros lectores conozcan tan hermoso escrito, lo reproducimos íntegro.

Dice así:

¡Ah! los que tenemos confianza en esta patria, tan querida como desgraciada; los que no nos resignamos á creer que el pueblo más grande de la tierra tenga por epílogo de su gloria un reparto cancillerescо; los que sabemos que nuestro soldado es el más sobrio, sumiso y valiente del mundo, no podemos considerar vencida por la fuerza de las bayonetas una nación cuyos hijos saben morir por defender su honor.

Santiago de Cuba, Cavite, son una fatalidad, pero no una deshonra; el mismo Senado de los Estados Unidos, por decente justicia, al advertir cuán sin peligro vencieron sus Escuadras, ha borrado esos dos nombres del libro de las victorias.

De lo fácil no se alardea, el triunfo se aquilata con el peligro.

No hagamos historia, pero sepan todos los que tienen fe en el porvenir, que España no poseía en aquella guerra ni la menor probabilidad del triunfo.

La culpa es toda de nuestros malos estadistas, sino es una ofensa aplicarles este decoroso apelativo, que en treinta años de paz no han servido más que para envanecerse por familias de mar á mar y de linaje á linaje, y destruir al país. Y lo peor es que con aquiescencia de todos siguen practicando esta política glotona y egoista.

No hay ejército porque existe el interés de que esa fuerza desaparezca, no hay Armada porque la patriótica rectitud del hombre de mar puede ser una amenaza constante para los plácidos disfrutadores de la «Gaceta», que, erigidos por propia autoctona determinación en patricios, han declarado ilotas al resto de los mortales.

Somos los más, lo aguantamos, sin duda, porque lo merecemos.

Sabedlo, los que aún creeis en España; el único barco de nuestra Armada que valía algo era el «Colón», y éste fué á la guerra sin los cañones de grueso calibre que la casa Ansaldo se guardó para mejor ocasión y más necesario momento; el «Alfonso XIII», no tenía andar y carecía de condiciones marineras; la artillería de 14 centímetros de toda la famosa escuadra de Cervera estaba inútil por el mal sistema de sus cierres de culata y la debilidad de sus casquillos.

Prácticamente se confirmó este abandono.

No hay que olvidar que en esa artillería estribaba la fuerza ofensiva de nuestra Armada.

Los cazatorpederos tenían inservibles las piezas de 75 milímetros; carbón no pudo embarcarse más que la mitad del que se necesitaba; la galleta llegó por kilos cuando se pedía por quintales, los aceites y las materias lubrificadoras brillaron por su ausencia y aquellos bravos defensores de la patria, que conocían el fin que les esperaba, se embarcaron disciplinados, obedientes, debiéndoles el Estado dos pagas y sabiendo que la Administración pública se negaba á admitir consignaciones para sus familias, es decir, condenando á sus hijos á sufrir el hambre antes que la orfandad llenase sus hogares de miseria.

Qué extraño es que el pundonoroso Cervera, á quien la fortuna hizo la irrisoria merced de ungirle con el mando de esta temeraria desdicha, viese en sus horas de negrura y de tristeza, vagar por delante de sus pupilas heróicas, las siniestras figuras del almirante Byng, ahorcado en Plymouth por los mismos que habían desorganizado su flota; de Persano, escarnecido tras la dérrota de Lissa; de Matheus, exonerado después de la vergüenza de Cabo Sicié.

Me consta; con fuerzas iguales hubiérais sido vencedores; no es culpa vuestra sino combatisis con las mismas armas.

Si está ordenado el desquite de nuestra patria (¡Dios lo quiera!) en las decisiones de lo porvenir, no deseamos esta inferioridad para la raza anglo-sajona.

Queremos vencerlos, no cubrirlos de infamia.

Mientras llega ese codiciado día de gloria, que llegará cuando ya mis ojos no puedan saludar la bandera triunfante, pensemos en hacer Marina, si es que los gobernadores que padecemos y soportamos no nos estorban también estas nobles ambiciones.

TIJERETAZOS

La primera sesión celebrada por el Congreso hubo que retrasarla una hora justa por falta de número.

Si eso es en la primera ¿qué será en la última?

—

Dicen que á causa de los aumentos en los gastos de Guerra y Marina es inevitable la dimisión de Echegaray.

El caso es asombroso.

Casi fué ayer cuando los liberales formaron gobierno y ya llevan echado por la borda un ministro de Hacienda.

Y tienen preparado el segundo para hacer lo mismo.

¿Quién será el tercero?

Sin duda un valiente.

Porque valor se necesita para ocupar un puesto á sabiendas de que hay que someterse ó dimitir.

—

Leemos:

«También ha declarado Romanones que la aprobación de los presupuestos no depende de que éstos sean buenos ó malos, sino de la actitud en que se coloquen los republicanos.

Como malos lo son.

Como actitud en contra, no es sola la de los republicanos, hay la de otros que no calan el gorro frigio.

Y que no ayudarán fácilmente á la aprobación, si á ellos no se lleva lo que injustamente ha sido suprimido.»

Por aquí se ve asomar un cisma.

Si después de tanto fijar fechas y atar cabos llega fin de Diciembre y no está aprobado el presupuesto, ¡vaya una plancha para los profetas!

—

Las tres primeras interpelaciones anunciadas en el Congreso son éstas:

Primera: Sobre la política en Albacete, distrito de Casas Ibáñez.

Segunda: Política del señor Montero Ríos en Pontevedra.

Tercera: Nuevas declaraciones del señor Sánchez Guerra en el distrito de Cabra.

Todo de política. De lo otro nada.

Y lo otro es precisamente lo que importa al país.

Literatos y literatura

Escribir por escribir, es cosa fácil y poco enojosa para todo el que ha pasado con más ó menos aprovechamiento, los rústicos umbrales de una escuela.

Escribir para hacer algo de provecho, ya presenta mayores dificultades, sobre, todo, cuando el que escribe, quiere expresar alguna buena idea y expresarla bien.

Escribir para ganarse el sustento, és el más rudo, el más penoso de los oficios, y sin embargo, hay muchos que á él se dedican, *omitimos* el porqué

Pero escribir simplemente por ver su nombre en letras de molde y gratis por de contado, es la última de las necedades, sólo puede permitirse semejante lujo, algún favorito de la Providencia.

En general, todas las artes, requieren para ser cultivadas con éxito, haber tenido previamente conocimiento de ellas: bases, aunque no sean más que rudimentarias, por ejemplo.

El que quiere ser pintor, hasta para hacer un mal boceto, necesita tener nociones de dibujo y haber hecho algunos estudios sobre colorido; el que pretendiese tañer un instrumento musical, cualquiera que sea este, no lo conseguirá si de antemano no ha aprendido para ello sus reglas: y como el estudio de estas reglas no es común á todos los individuos, no pueden ser por tanto muchos los que hagan competencia al artista de profesión.

La nueva *irrupción de bárbaros* en el campo literario, escritores de *doublé*, aficionados de espantosa fecundidad, haciendo competencia gratis ó á vil precio á los productos de los escritores de oficio, es la que más lastimosamente ha influido, para la decadencia de nuestra buena literatura.

El arte lírico, por lo mismo que és el más improductivo, es el que tiene mayor número de pretendientes.

No bien vé la luz pública un periódico literario, se vé acosado por todas partes con millares de composiciones por este órden:

«A la Srta. A. B.». «Sobre la tumba de H.». «A unos ojos». «A Elisa», y otras, en donde por lo general sobran palabras y faltan ideas y sentido común.

Así pues, opino, que cuantos á la literatura se dediquen, deben conocerla íntimamente, haberla estudiado muy de cerca para saber cuando la dan motivos de enojo y cuando por el contrario conquistan ó merecen su beneplácito y aprobación.

Antonio Almedóvar.

Además, mi padre ni reparará en esto.

—Tu padre reparará en todo—dijo la señora Grandet moviendo la cabeza.

Nanón dudaba; conocía á su amo.

—Vamos, Nanón, haz lo que te he dicho ya que es mi cumpleaños.

de triunfo colocó todo eso en un extremo de la chimenea.

Habían nacido en su mente más ideas en aquel cuarto de hora, que cuantas había tenido desde su nacimiento.

—Mamá—dijo—mi primo no podrá sufrir el olor de una tea; ¿por qué no compramos una bujía?

Y diciendo y haciendo, corrió ligera como un pájaro á sacar de su bolsillo el escudo de cien sueldos que había recibido para sus gastos particulares de aquel mes.

—Toma, Nanón—le dijo—anda pronto.

—¿Pero qué dirá tu padre?

Esta objeción terrible fué expuesta por la señora Grandet, cuando vió en manos de su hija un azucarero de Sevres, antiguo, traido por Grandet del castillo de Froidfond.

—¿Y de dónde vas á sacar el azúcar? ¿Te has vuelto loca?

—Mamá, Nanón comprará el azúcar lo mismo que la bugía.

—¿Pero y tu padre?

—¿Estaría bien que su sobrino no pudiese beber un vaso de agua azucarada?

XXII

Los números seguían saliendo con lentitud, pero la lotería hubó de suspenderse pronto, Nanón entró, y dijo en voz alta:

—Señora, es menester que me dé V. sábanas para hacer la cama á ese señor.

La señora Grandet siguió á Nanón.